



Se dije que sonaraba. Que yo nunca...
Me había pedido años atrás y al cabo de unos cuantos mis vecinos que le hiciera un favor de suma importancia para él, y ahora — quiero en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estuvimos hablando del asunto —, una vez hecho al favor, me reprochaba no sé qué debilidades y me culpaba de haber traicionado nuestra amistad.

Entonces fue cuando le respondí sonaraba, y si con muy malas maneras replicó no sonarero en absoluto.

— Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le conviene.

— ¿Me convencia; me reporte algún tipo de felicidad o beneficio al recordarlo como fueron?

— ¿Cómo fueron?

— Lo sabes perfectamente.

— Eso es verdad; con tanta claridad que te cuento si quisiera, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos.

Y como se quedó callado mirando al cenicero con gesto hosco, di por hecho que asentía y empecé a hablar, desde el principio; desde el principio aunque — entendiendo que había supuesto igual que yo que no teniendo ya temas comunes de que hablar después de tanto tiempo nos limitaríamos a cruzar algunas frases hechas en aquella oscura charroleta de la Carrera de San Jerónimo y a seguir cada cual nuestro camino — me salté el saludo y un par de trivialidades referentes al tiempo, por cierto, muy lluvioso.

— Tampoco te contare — dije —, puesto que tú mismo podrás recordar un cenicero lleno de colillas y dos paquetes de tabaco varios iguales que estos —, que nos habíamos equivocado los dos y que nuestra conversación fue bastante más larga.

Omití asimismo al contarle que, al cabo de un rato recibiendo empujones de los que comiendo con prisas y paraguas abiertos profieren improperios o algún seco perdón desdichados miradas hostiles, ahí estábamos: sentados a una mesa de un Cofre & Shop y departiendo, con perfecta naturalidad, como cuando eramos amigos

Versaciones de un chupaplumas

Rifirrafe

1

que le pregunto que si es otro.

— ¿Otro “qué”? — Me contesta.

— “Rifirrafe” — le digo — ¿Qué va a ser?

— Sí, otro — dice. Y que si pasa algo por

eso.

— No — yo, que lo noto por cierto un poco tenso hoy —; si pasar no, pero que como ya llevamos dos, pues, que a lo mejor...

— ¿Te parecen muchos para una amistad tan larga como la nuestra? — dice — No debes olvidar que nos conocemos desde niños.

— ¿Cómo voy a olvidarlo — yo — con la de patadas que nos habremos dado jugando al fútbol en los recreos?

— ¿Jugando al fútbol? — Y me mira con cara de extrañeza, el gesto algo despectivo como de “pero y éste qué dice”.

— Sí. El fútbol es un deporte practicado por adolescentes en el patio del colegio.

— Ya, pero a mí — él, que ya digo que lo noto hoy malhumorado — siempre me han gustado más los juegos de mesa.

— ¿De mesa? — Yo — ¿De dónde saco entonces las patadas? ¿Quién me las daba?

— ¿Y qué sabré yo si no estaba? — Y se queda un poco pensativo antes de agregar —: Pero Teodorico, por ejemplo...

— ¿Teodorico? ¿Seguro que he conocido yo a algún Teodorico?

— ¡No vas a conocerlo! — hace aspavientos con los brazos y los ojos muy espantados — Aquel chico bajito que



2

tenía un antojo en forma de fresón, me parece estarlo viendo, en la mejilla izquierda.

Vuelve a quedarse pensativo antes de puntualizar que pero baloncesto.

- ¿Qué baloncesto? — Yo, que al notarlo rarillo tampoco estoy yo muy centrado.

- Pues las patadas ¡Joder! Jugaba muy bien al baloncesto.

- Ah — me esfuerzo — aquel chico alto que quería ser notario y tenía una hermana que tenía pelo largo, rubio...

- Teodorico era moreno, y lo de la hermana no sabría asegurarte nada. Pero quería ser trapacista.

- Ya, pero digo la hermana. Trapecista, sí; pelo largo rubio, ondulado, muy bonito...

- Puede ser — admite, me parece que a regañadientes, no sin objetar sin embargo —, aunque siempre estuve en la idea de que lo que a ella le gustaba era la natación sincronizada. Pero Teodorico era, insisto, bajito.

- ¿No me terminas de decir que jugaba al baloncesto?

- Sí, pero era bajito. A veces pasa o mira si no a Muggsy Bogues.

- Vale — digo —. Nos olvidamos de las oposiciones a notarías pero ocurre que al baloncesto yo no he jugado nunca. No sé.

- Y qué más te dará, digo yo — dice él —, si nadie lo va a saber.

Y que poniendo inconvenientes a todo no hay quien avance ni saque nada en claro de manera que, dice

3

“vamos a dejarnos de tonterías y a seguir con lo que estábamos que, por cierto, ¿qué era?”.

- El tercer rifirrafe.

- Exageras.

- ¿Exagero?

- Sí. Sólo es el segundo.

- Es el tercero – yo –, estoy totalmente seguro.

- Pues entonces – irritado casi, que ya digo que anda él hoy revuelto – debo de estar yo tonto hoy, que sólo recuerdo el del puñetazo en la mesa...

- ¿Y el de nuestro encuentro aquella tarde, acuérdate, en que Manolita no encontraba un sacacorchos?

- ¿Me tengo que acordar de un detalle tan insignificante?

- No necesariamente – contesto – ya que en realidad quedó todo en un susto porque apareció enseguida; además creo que puedo mostrártelo yo mismo.

Y saco de mi carpeta un fajo de folios, que le tiendo^{i(abajo)} y me quedo mirándolo, a él, orgulloso yo de poder presumir de una prueba tan evidente de que tengo razón; pero me los devuelve casi de inmediato diciendo “mira, en el tercero, debajo justo de las lamentaciones de Manolita. Y era, si no te importa, un abridor”.

Y que procure, en lo sucesivo, ser más cuidadoso porque errores tan tontos son, precisamente, lo que resta credibilidad al escritor.



Versaciones de un chupaplumas

Rifirrafe



- ¿Otro rifirrafe? - Pregunta, apartando los ojos de la lectura para mirarme.

- Bueno... Es una posibilidad que puede mantenerse ahí, como en reserva, ¿no te parece?

- Si es eso lo que quieres - hablaba en tono triste, ahora -, sea. Pero...

- No te gusta.

No dice que sí ni que no sino, en tono triste, "pensé que aspirarías a algo más".

- ¿Qué mosca te ha picado?

- ¡"Qué mosca me ha picado"!

Bebe del vaso de cerveza, regresa a la lectura, permanece en silencio un rato, vuelve a dejarla y permanece otro rato en silencio golpeando - acompasadamente, como llevando el ritmo de alguna melodía que esté teniendo en la cabeza, dando lugar a casi dos renglones que agradezco (aunque en silencio me acuso de "miserable" y me prodigo una larga serie de denuestos que, por no cargar las tintas, no trascibo; avergonzado e irritado conmigo mismo por estar aprovechando de un gesto tan espontáneo e inocente para ilustrar lo que empieza a anidar en mi ánimo como "mi obra") - con el mechero sobre el mármol antes de, cerrando los ojos y echando un poco la cabeza hacia atrás, declarar "pero por hoy vamos a dejarlo".

- ¿Tan pronto?

- No es tan pronto - responde, y noto que está de mal humor -; ya es más que anochecido y el local está vacío.

- El local ha estado vacío toda la tarde y en invierno anochece temprano; pero de todos modos lo que quiero decir es que apenas hemos avanzado, poco más de medio folio en el que no ha ocurrido nada nuevo, nada que abra una posibilidad a que suceda algo con lo que no se contaba...

- ¿Y qué tenía que suceder - rezonga y, con desgana, alza la voz y una mano pidiendo a la camarera otro café por favor y, a mí, que yo qué; asiento sin hablar

i